



**POR EL DIRECTOR DEL CLUB
DR. RODRIGUEZ
DE LA FUENTE**

Queridos Lincés:

Siguiendo ya nuestra costumbre de hablar de las estaciones que discurren, para proteger mejor a la Naturaleza y conocer más profundamente a los animales, querría en este número de la revista «Adena», contaros algo sobre el verano que acabáis de pasar así como del próximo otoño. Seguramente, en las largas jornadas estivales, los que habéis veraneado en el mar, os habréis llenado de alegría al recibir el saludo y el mensaje de las olas que vienen desde muy lejos, como viajeros, como jinetes de plata cabalgando a través del océano para depositar en la arena animalillos que parecen insignificantes, pero que si son examinados con detenimiento le asombran a uno por la perfección de su estructura anatómica. Habéis visto esas conchas que tanto gusta coleccionar a los niños pequeños; habéis observado su simetría, os habéis dado cuenta de la perfección del nácar en el que e notro tiempo se encerraba el cuerpo del molusco: os habéis hecho cargo de los millones de años de trabajo que ha precisado la Naturaleza para producir algo tan perfecto; habéis notado, por otra parte, lo delicada que es la vida en el mar. Pues bien, queridos amigos, si cuando pasáis por una playa y recogéis las bonitas conchas de los concheros, los caracoles, los más burdos pero nacarados caparazones de las ostras, y toda esa cantidad enorme de animales primitivísimos que siguen viviendo en el mar casi en las mismas condiciones en las que vivían en el período secundario, os habréis hecho cargo de que, concretamente, en ese inmenso y maravilloso mar, es donde está uno de los mayores peligros que nos acechan, porque estoy convencido de que hoy, en las playas donde habéis estado, más abundantes que las conchas multiformes, más llamativos que esas casitas de los moluscos tan llenas de belleza y de poesía, son los plásticos burdos que ensucian las arenas, son esos grumos de deshechos del petróleo que se pegan a los pies; son toda esa serie de recipientes, lanzados al océano por un yate o por un barco de carga, y que han hecho muchos kilómetros al lomo de las olas para llegar hasta vuestras playas y para que vosotros hayáis podido verles y hayáis podido sentirlos verdaderamente tristes al comprobar cómo los hombres estamos convirtiendo la Naturaleza, incluso las playas más hermosas, incluso los mares más cristalinos, incluso los ríos que desde tiempos inmemoriales estaban llenos de vida, en auténticos y verdaderos estercoleros.

Queridos Lincés haced todo cuanto esté en vuestra mano por evitar tal espectáculo. Si alguna vez podéis quitar un recipiente de plástico que ensucia un panorama, hacedlo; pero, sobre todo, hacedlo a nivel de incidir sobre la mentalidad. Porque ¡quién sabe si vuestros padres o familiares pueden tener cierta responsabilidad en estos problemas! Porque todos los seres humanos que poblamos el planeta, en definitiva, somos los responsables de que el planeta se esté poniendo enfermo. Por

eso, si ven que sus hijos, que sus pequeños, vibran verdaderamente de sentimiento ante la gran hecatombe que se avecina; si se convencen a través de vuestro entusiasmo de que estamos transformando los mares, las playas, las calas hermosas en verdaderos estercoleros, es posible que tarde o temprano se tomen algunas medidas en un problema del que tanto se habla y del que, verdaderamente, no tenemos noticia de que se hayan adoptado soluciones.

Los que habéis pasado el verano en tierra adentro, tendréis seguramente las pupilas llenas por el brillo de oro de las inmensas rastrojeras, esos campos de Castilla, esos campos inmensos dorados sobre los que vuela pesadamente la avutarda, sobre los que se ha quebrado el vuelo de la codorniz de un certero disparo. ¡Ay, amigos míos!, es que en verano, concretamente en el centro del verano, vuelven al campo los hombres y las armas. Vosotros, mis queridos lince sensibles, cuando alguna mañana habéis salido a pasear, habréis oído los disparos de una especie de guerra; una guerra salvaje, sobre todo en esos días de mediados de agosto cuando salen los cazadores cargados de mochilas y de municiones para abatir codornices. Pues bien, esta es la guerra para las aves, aves que han procreado en nuestros campos, aves que están engordando para hacer un largo viaje hacia sus cuarteles de invierno de Africa y aves que verán segadas sus vidas por la caricia dramática e hirviente del plomo.

¿Es justo? me preguntaréis vosotros, ¿es justo Félix que el hombre se dedique a abatir avejillas que realmente nunca le han hecho daño y consideramos estarían muy bien alegrando los campos con su figura? Yo os diré que, en este aspecto, si bien creo y considero que el hombre no necesita ya matar animales salvajes para vivir, puesto que la agricultura y el pastoreo cubren todas nuestras exigencias de ingresos alimenticios, hay que pensar en un gran sector de población que practica este deporte de la caza. Ellos tienen ese gusto, nosotros tenemos el nuestro; ellos se divierten matando, nosotros nos divertimos haciendo fotografías, admirando y estudiando. Pero realmente, con su deporte no contribuyen al equilibrio de las especies, si lo someten al control de la Ley, por cierto, perfectamente establecida; si no disparan contra animales beneficiosos, en peligro de extinción, si se limitan a disparar sobre esos pobres seres condenados precisamente por su gran capacidad reproductora a servir como piezas de caza al hombre. Podemos en cualquier caso decirles que no compartimos sus aficiones, que no compartimos su manera de entender la vida, o los deportes, pero creo que en justicia no se puede evitar que quien lo desee se entregue noblemente al ejercicio de la caza.

Pues bien, el verano de los soles, el verano de las vacaciones, el verano de las playas y tierras adentro, el verano de la montaña, del pinar, del río cristalino, da paso al otoño, que para nosotros es empezar una nueva etapa de la vida: el colegio. Otra vez al colegio. A estudiar. ¿Sabéis lo que os digo? El mejor lince es el que más ama a los animales; el mejor lince es el que mejor conoce a la naturaleza; el mejor lince es el que sabe auscultar los latidos del corazón de la tierra. ¿Pero sabéis vosotros lo que se precisa para llegar a entender los latidos del corazón del planeta? Se necesita saber. En la tierra, en los secretos de la ecología, en los secretos de la conducta de los animales, en los secretos de la vida, se encierran profundos misterios que es preciso conocer mediante el estudio. Vosotros, lince, tenéis que dejar constancia de vuestra manera de ser, no sólo en el campo observando y protegiendo a los animales, sino también en la clase, también en el colegio. Un lince debe ser el primero en todo. Vosotros habéis sabido proteger a los animales en las playas, en los campos y en las montañas; vosotros ahora tenéis que empezar el curso con verdadera energía y con la seguridad de que cuanto mejor formados estéis, más podréis influir en la defensa de la Naturaleza el día de mañana. Y no olvidéis que el otoño es una buena época para deportes. ¡Adelante, lince! Me gustan los lince que corran, que salten, que lancen el peso o la jabalina; me gustan los lince que dedican horas de su tiempo al deporte para estar en forma. Porque solamente en forma física, intelectualmente y cordialmente, es decir, del corazón, vosotros, queridos lince, y yo mismo podremos hacer algo de lo que tan necesitado está nuestro planeta: realizar todo cuanto esté en nuestra mano para evitar que el Planeta Azul se convierta en un planeta rojo, como Marte, envuelto eternamente en las inhóspitas arenas de sus estériles desiertos, o blanco como la Luna, donde nunca ha palpitado la vida.

